



Si realizamos una ojeada histórica, comprobaremos cómo un grupo de intelectuales ejerce siempre una función directiva en todas las emancipaciones de las clases pobres y humildes, en todos los intentos del pueblo por liberarse de la explotación. Puede verse de manera clarísima en Rusia —partido Bolchevique y otros de la oposición—, correspondiéndoles una parte muy importante y decisiva en la Revolución. En el Tercer Mundo, los intelectuales llegaron a aliarse con los campesinos, organizándolos para la revolución y la independencia: así ocurrió en China, en Camboya y en Vietnam, donde el padre de Ho Chi Min perteneció a la llamada Resistencia de los Sabios. Los intelectuales jugaron un papel decisivo en el triunfo de la Revolución Cubana y en los movimientos de liberación de África. Y los cuadros fundamentales de los partidos socialistas históricos han estado siempre formados por intelectuales. Recuérdese asimismo el papel que jugaron en nuestra Segunda República. Digamos, resumiendo, que al verdadero intelectual corresponden actitudes de izquierda, pues en la medida en que rechaza los dogmatismos —es decir, en la medida en que responde a su condición— se coloca de parte de las actitudes progresistas.

Abundando en su caracterización, debemos señalar, ahora, que el intelectual, más que un militante de partido, es un militante de ideas, aunque su compromiso pueda llevarle, en determinados momentos y situaciones, a la afiliación partidaria. Ortega y Gasset lo enunciaba así: «El intelectual no puede ser en ninguna acepción hombre de partido. Sólo puede ser útil como intelectual, esto es, buscando la verdad»<sup>2</sup>. Lo que Ortega no tuvo en cuenta es que el intelectual debe mantenerse especialmente vigilante ante las pretensiones a la verdad, que pueden venir de los grupos sociales más diversos y con intereses más o menos camuflados. En tal sentido, le corresponde defender «una concepción democrática de la verdad», en palabras de Gouldner<sup>3</sup>. El intelectual busca la verdad, pero con vigilancia crítica: más que la posesión misma de la verdad, le interesa remover los obstáculos que impiden encontrarla, oponerse a todos los dogmatismos, cuestionar lo que se consideraba obvio y evidente. Su labor más característica es la del *discurso crítico*.

Aludamos también a los peligros que le acechan. La conciencia de su relativa superioridad le puede inducir a integrarse en el grupo de los man-

<sup>2</sup> *Imperativo de intelectualidad*, en Obras Completas XI, Madrid, 1969, p. 13. El mismo Ortega escribe, en *Mirabeau o el político*, que, a diferencia del político —más activo, más expedito, que disfruta de un "lujo de vitalidad"—, el intelectual intercala cavilaciones entre el estímulo y la acción: "su existencia radica en un esfuerzo continuo por pensar la verdad y, una vez pensada, decirla como sea, aunque le despedacen" (Madrid, 1986, p. 36).

<sup>3</sup> O. c., p. 84.

darines; o, en sentido inverso, aislarse en una torre de marfil, en actitud soberbia y narcisista. Esta última tentación es la más profunda. Curiosamente, ese aislamiento puede despertar en él cierta mala conciencia, que intentaría apaciguar tratando de acercarse al pueblo: es a través de este rasgo como podría explicarse la seducción que ha sentido una gran mayoría de intelectuales por el marxismo, sin descartar la fuerte atracción que puede despertar en ellos la misma obra de Marx.

Gramsci señaló con gran acierto que todos los hombres somos intelectuales, hasta el punto de que «los no-intelectuales no existen»<sup>4</sup>, no pudiendo separarse, en el hombre, su condición de *homo sapiens* de la de *homo faber*; ahora bien, «no todos los hombres tienen en la sociedad una función de intelectuales»<sup>5</sup>, es decir, no todos los hombres *ejercen* de intelectuales.

No todos, pero sí muchos. La mediación entre la sociedad y las ideas es ejercida por las más diferentes y dispares clases de hombres: desde el filósofo —que es quien más familiarmente vive con las ideas— hasta el farmacéutico del pueblo, pasando por los profesores universitarios y los de otros grados docentes —el antiguamente llamado «maestro» ha cumplido siempre una gran función de intelectual, especialmente en los pueblos—, los periodistas, los sacerdotes, los médicos, los ingenieros, etc. Algunas de las citadas profesiones han visto decrecer aparatosamente su función intelectual en la sociedad: es el caso de los curas; otras la han visto desaparecer: los médicos y los farmacéuticos.

## II

Llevemos la cuestión a nuestro contexto, que es la sociedad extremeña. En esta sociedad, que se dispone a imprimir a su situación una profunda transformación, que aspira a ingresar en el grupo de las regiones modernas, la función del intelectual es de extraordinaria importancia. A él, entre otros, corresponde promover el cambio, y a él especialmente, vigilarlo. El cambio alcanza un alto valor emancipatorio, cuando no niega con otros determinados resultados las consecuencias positivas que está llamado a generar. En una sociedad *agraria* como la *extremeña* —y, cuando no es agraria, es *funcionarial*— es normal la propensión a «detenerse», a oponerse al cambio; en tal contexto, el intelectual debe apoyar el cambio *tout court*; cambiar es bueno.

<sup>4</sup> *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, 1972, p. 13.

<sup>5</sup> *Ibid.* El subrayado es nuestro.

Pero debe contribuir a que el cambio favorezca la emancipación en todos los sentidos: el intelectual deberá apoyar, entonces, causas como las de los movimientos pacifistas, ecologistas —las plantas de energía nuclear se suelen instalar en las regiones atrasadas, pudiendo implicar una ruptura en las relaciones del hombre con la naturaleza— y asimismo feministas —en estas regiones, la mujer se suele resentir dramáticamente de los inconvenientes que suelen acompañar al subdesarrollo.

Hay que referirse, sin embargo, también a las ventajas que pueden derivarse de la atribución de autonomía a nuestra región. Se ha discutido mucho sobre la oportunidad de haber extendido la autonomía a todas las regiones —incluso a provincias que no poseen ninguna condición regional—. El hecho está ahí, siendo indiscutible que puede ser utilizado positivamente en nuestra situación, caracterizada por fuertes elementos regionales. Es discutible la existencia, en nuestra región, de una conciencia social de tal condición regional, y posiblemente no disponga esta región de muchos apoyos históricos. Pero, como señala tan oportunamente Ortega, a la autonomía se llega «no por razones históricas, de pretérito sentimental, sino al revés, por conveniencias de futuro»<sup>6</sup>.

En efecto. No deberíamos mirar, con exceso, al pasado. El porvenir debe acaparar nuestras preocupaciones y resultaría muy saludable cierto optimismo metódico, que preserve un espacio mínimo para la esperanza.

En cualquier caso, la autonomía significa que se nos concede protagonismo en la organización de nuestra política y de nuestro desarrollo. Se nos atribuye también más responsabilidad: nuestro destino futuro depende, ahora, en mayor medida, de nosotros mismos.

El intelectual deja a otros la tarea del desarrollo económico estricto, pero no del todo: el desarrollo económico condiciona sobre manera los otros aspectos del progreso; de ahí que deba promover la vigilancia, una actitud crítica que impida que cierto desarrollismo económico haga estragos en algunas dimensiones esenciales de la existencia social; y, a la vez, debe apoyar el desarrollo en otros planos: por ejemplo, los cambios de mentalidad. Por otra parte, no es aconsejable la despolitización aun en el caso de que los políticos de profesión no ofrecieran una imagen muy alentadora. Si es cierto que hoy no podemos aspirar a una politización impregnada de heroísmo y cierta euforia —como pudo ocurrir en la transición—, tampoco deberíamos renunciar a una conciencia mínima de los problemas sociales y públicos y a una mínima participación, si no en su solución, al menos en los debates que la preparan. El debate y la discusión son especialmente decisivos a la hora de frenar a

<sup>6</sup> Maura o la política, en Obras Completas XI, cit., p. 87.

los técnicos y burócratas, que, ayudados por la informatización, pretenden invadir todos los ámbitos de la transformación: nos amenazan con desencadenar una sociedad uniforme y *unidimensional* —como diría Marcuse—.

Tomar las cosas *en serio* es una actitud muy afín a las que acabamos de recomendar. Una enorme pasividad se ha apoderado del ciudadano español: el consumo y la diversión le están alienando de manera preocupante, convirtiéndole en un esclavo inconsciente. La política no *implica* al ciudadano: en parte por la política misma, que se ha trivializado, y en parte por la pasividad del ciudadano, absorto en consumir y vivir bien.

También se discutió mucho sobre la oportunidad de la creación de la Universidad de Extremadura. De lo que estamos seguros es de que existe y de los cambios positivos introducidos por ella en la sociedad extremeña. Ahora bien. A los problemas que arrastra la universidad española en general, hay que añadir los específicos de la nuestra, a la que tenemos que convertir en una auténtica universidad *extremeña*, lo que significa integrarla en la sociedad a la que sirve. Habría que discutir, en todo caso, la interpelación que se le dirige, con frecuencia, desde dentro de ella misma: debe «producir» lo que la sociedad demanda. ¿Qué entienden por sociedad quienes así se expresan? Sin duda, se refieren al sistema establecido, al establecimiento económico. Ese planteamiento acarrea dos males: se potencia la injusticia —y las alienaciones que la cortejan—, es decir, se perjudica a la misma sociedad; y la Universidad, por su parte, sufre en sus propias carnes la repercusión de las crisis periódicas del sistema. La Universidad debería, más bien, servir de contrapeso y frenar la deshumanización que segrega la sociedad capitalista y no limitarse a obedecer sus demandas. Sin traicionar esas exigencias, puede colaborar con los poderes públicos y hasta ofrecerles cuadros dirigentes. Infiltrada en la trama social, a través de una gestión de alta cultura, la Facultad de Filosofía y Letras —de *Humanidades*— puede ejercer una función insustituible: «ilustrar», «iluminar» la mentalidad popular, promoviendo, en ella, actitudes de concienciación y compromiso en el proyecto de modernización.

El trabajo de los intelectuales, desde Sócrates, estuvo siempre ligado a la «plaza pública». Esa plaza pública la constituyen, hoy, los medios de comunicación. Estos deben abrir sus páginas a los intelectuales y solicitar su colaboración: el periodismo —en el que incluimos a todos los medios— es, cada día más, *periodismo de ideas*. Pero es que los periodistas mismos pueden ejercer de intelectuales, en la medida en que no se dejen alienar por el sensacionalismo y la competitividad insolidaria: su trabajo, cuando es serio y responsable, conlleva un *control* de los hombres públicos y de sus actuaciones y, en tal sentido, es un trabajo altamente rentable para la sociedad y su proceso de transformación.

Una consideración final. Al intelectual incumbe una tarea muy especial: evitar que las tendencias regionalistas y localistas, muy propensas a planteamientos emocionales y supersticiosos, impidan las miras universalistas y la solidaridad con otros contextos sociales. El nacionalismo olvida que «una cosa es ser particular y otra predicar el particularismo»<sup>7</sup>. Aplicado a nuestros problemas: hay que ser extremeño, pero no extremeñista.

Romano GARCÍA  
*Universidad de Extremadura*

## La conciencia del escritor en un proyecto de modernización

Se ha creído siempre que la única manera que un escritor tiene de alimentar a su pueblo hacia una esperanza de futuro, es sirviéndose de una lengua autóctona, diferente a la del «Imperio» con la que poder pensar y expresarse de manera distinta a como piensa y se expresa el Estado Todopoderoso. Como quiera que el pueblo extremeño no tiene ese vehículo propio, es fácil deducir que jamás aquí en Extremadura el creador va a tener ese sentido de inmanencia trascendente que tuvo en otros lugares —Cataluña, Euskadi, Galicia—, en los que siempre se le ha considerado más casta que individuo, más rabino que literato, más profeta que escritor. Si bien esta concepción romántica de la Literatura está hoy desfasada, no por eso hemos de dejar de lamentar la falta de una literatura extremeña como elemento configurador de ideologías regeneracionistas, con las que hubieran podido segregarse mitologías, auténticamente autonomistas. Este elemento, hoy más que nunca, operaría sobre la conciencia de los extremeños como un germen de alivio frente al discurso manipulador del político. Pero para que el discurso creativo fuese operativo ante el discurso manipulador del político, el escritor debiera estar dispuesto a abandonar falsos refugios espirituales, desproveerse de túnicas sagradas, y empezar a encontrarse desnudo y a la intemperie, él y su escritura, frente a la tierra que le entorna. No deseo que en esta primera reflexión alguien confunda el concepto de escritura a partir de la realidad social extremeña —que tiene unas implicaciones estéticas determinadas—, con el realismo social. De lo que se trata, es del eterno conflicto entre el lenguaje que se aproxima a la vida y la recrea, y el lenguaje que busca su perfectibilidad expresiva y combinatoria.

Hoy, las necesidades creadas en la situación histórica que el extremeño vive a las puertas del tercer milenio, nos exigen que abandonemos dos características fundamentales de la literatura: su autonomía frente a la realidad, y su aspiración a interpretarla globalmente, para sustituirlas por la relación

<sup>7</sup> Gramsci, o. c., p. 79.